

9. La República de Masas

La republica de los derechos

Con la aplicación de la ley Saénz Peña garantizando el voto universal y secreto, los sectores populares y las minorías fueron ganando derechos. No fue algo inmediato. En los primeros años del primer periodo radical, la mayor parte de la más alta dirigencia política siguió perteneciendo principalmente a la clase tradicional que había gobernado la Republica Liberal. Aunque abierta a los principios democráticos, mantuvo la desconfianza hacia las organizaciones sociales y las reivindicaciones populares.

Por otra parte, en esos primeros tiempos de democracia, debido al temor que causaba la Revolución Rusa, las respuestas represivas a los conflictos sociales fueron de mayor intensidad que en los años precedentes. Los casos más extremos de represión policial y militar fueron la semana trágica en 1919 con un número de víctimas que nunca se supo¹ y el asesinato de los peones de las estancias de Santa Cruz en 1921, que hay quienes hacen llegar al millar. Aún sin evidencias respecto de ese número, hay pocas dudas que por lo menos fueron varios centenares.

Después de estos episodios violentos y otros de igual tenor, aunque de menor cuantía, la mejora de la situación económica y la evolución de la dirigencia sindical con el crecimiento de una corriente más enfocada en lo reivindicativo que en lo político cambiaron las relaciones entre las organizaciones obreras y el gobierno radical dando lugar a la concreción de viejos reclamos, entre ellos el de la jornada de 8 horas.

La gimnasia electoral, cuando no estuvo interrumpida por los golpes militares, fue cada vez más favorable al establecimiento de

¹ La semana trágica se originó en un conflicto sindical en el establecimiento metalúrgico Vasena. La represión que se hizo de los piquetes huelguistas causó algunos muertos, lo que provocó manifestaciones masivas y la extensión de la huelga a otros gremios. Terminó con una ola de terror por parte de las fuerzas armadas y de seguridad y de bandas parapoliciales "patrióticas" que hicieron una cacería casa por casa de judíos, bolcheviques y anarquistas (Bilsky 1984). El diario La Nación informaba que el general Dellepiane, a cargo de la represión, había dicho a la prensa que el objetivo del gobierno era *hacer un escarmiento que se recordará durante 50 años*. El escarmiento consistió en golpizas, asesinatos y detenciones en masa. Finalmente, Yrigoyen se involucró directamente, convocando a una reunión a la FORA IX (una de las centrales anarquistas de trabajadores) y al propio Vasena. En ella se acordó levantar el estado de sitio, liberar a todos los presos políticos excepto unos pocos acusados de asesinatos y la aceptación por parte de Vasena de casi todos los reclamos sindicales. A cambio, la FORA levanto la huelga general. Mi padre, quien en ese tiempo era anarquista, fue testigo de esos días de horror; se salvó de ser detenido porque fue ocultado por la casera del lugar donde vivía.

nuevos y más extendidos derechos. Aunque muchas de las leyes aprobadas quedaron por años solo en la formalidad de la legislación, con el tiempo y con gobiernos más inclinados hacia los trabajadores, terminaron por ser implementadas. Finalmente, la plena vigencia democrática desde 1983 por un largo periodo fue terreno fértil para una notable ampliación de los derechos individuales y colectivos, tanto económicos como sociales.

Las propuestas de nuevos derechos o mejoras para algún sector de la población numéricamente importante o de generalizada simpatía pública casi siempre carecieron prácticamente de oposición parlamentaria y fueron avaladas por casi todos los partidos políticos, deseosos por mostrarse merecedores del favor electoral. Así, a la hora de extender los derechos con implicancias económicas, el consenso popular y político fue siempre muy amplio, pero casi nunca se consideraron demasiado los necesarios recursos para su implementación. Al fin de cuentas se estaba en el país de *la inagotable riqueza*. Pero como esa riqueza no se materializa mágicamente, estos derechos resultaron afectados con frecuencia por la frazada corta de las limitaciones económicas.

El crecimiento de los derechos individuales y colectivos tampoco estuvo acompañado por un paralelo aumento de nuevos deberes ciudadanos, o al menos del mayor cumplimiento efectivo de los ya existentes, especialmente en cuanto a la tributación, que como en casi todos lados se trata de esquivar lo más posible. Como era de esperar, la consiguiente limitada implementación de los derechos de naturaleza económica, ha ido acompañada de las críticas y suspicacias hacia el Estado y los gobiernos de turno

El empleo público

Aunque el derecho al trabajo está consagrado en forma general en la Constitución, no hay, como en casi ningún otro país, mecanismos concretos que aseguren una ocupación real. Lo que si existe es una generalizada opinión a favor de ese derecho, con lo cual los gobiernos tanto nacionales como provinciales o municipales, se sintieron libres para incrementar el empleo público, sin muchas críticas en contrario.

Así, el eslabón más sólido del actual círculo vicioso de la economía argentina, el exorbitante empleo público, tuvo su comienzo muy temprano. La falta de una conciencia colectiva sobre la necesidad del trabajo productivo, alentó tanto el apetito por esos empleos como la ligereza con que eran otorgados.

Aunque el nombramiento abusivo e innecesario de empleados públicos se inició durante la República Liberal, en ese periodo no creció desmesuradamente. Al fin de cuentas, con la mayoría de la población excluida del voto por uno u otro motivo, las elecciones se ganaban con unos pocos cuchilleros o con policías adictas, y no era necesario premiar a muchos votantes. Pero luego, a partir de la ley Sáenz Peña con comicios no fraudulentos, se hizo más frecuente recompensar a adictos y punteros con cargos públicos. Esto tomó

una dimensión importante en los primeros años de la gestión radical, pero pronto siguieron con lo mismo los conservadores, ya que nadie podía dar ventajas electorales.

En ese tiempo, el partido que ganaba las elecciones metía su gente en el Estado y para eso barría con los empleados anteriores que habían sido nombrados por otro partido. Esto por si solo es una prueba que esos empleos no requerían de ninguna especialización ni capacidad, siendo seguramente innecesarios. En la década del 30, el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Manuel Fresco, a quien en muchos aspectos hoy se lo podría caracterizar como un populista conservador, hizo una innovación trascendental: decretó la inamovilidad del empleado público. Luego vino Perón y la extendió a toda la administración pública y finalmente, en 1957, aun sin constituyentes peronistas, se le dio categoría constitucional incluyéndolo en el artículo 14 bis. Desde entonces, como si fueran estratos geológicos, se han estado acumulando nuevas capas de empleados nombrados por los sucesivos gobiernos

Precarización

La estabilidad del empleado público, además de ir incrementando cada vez más su número, tiene la desventaja para los gobernantes de turno de no asegurar la lealtad de aquellos a quienes hacen ingresar al Estado. Sea por esto último, por las reiteradas necesidades de congelar el gasto público, por el propósito de burlar la obligación de designar cargos directivos por concurso o por algún otro motivo, en las últimas décadas se recurrió crecientemente a los contratos a término. De esta forma en el promedio de los años 2010 a 2015 el 30% de los empleados públicos eran contratados sin derecho formal a la estabilidad y nada parece haber cambiado desde entonces (Urien 2017).

En este aspecto, al menos parcialmente, parece haberse vuelto al tiempo en que después de cada alternancia electoral se barría con los empleados adictos al gobierno precedente. Sin embargo, en la práctica hoy es muy difícil prescindir de los empleados contratados como lo indican los conflictos suscitados en los dos últimos años. El derecho al trabajo, bajo cualquier circunstancia, aun innecesario o improductivo, está muy arraigado en la opinión pública que sigue creyendo en la fantasía del país rico con recursos inagotables.

Tendencias

La magnitud del desmanejo en el empleo público alcanzó su clímax cuando en 2015 llegó a 3,6 millones, el 21% de la población ocupada, o el 19% de la fuerza laboral, o quizás más si se considera que muchos empleados públicos no figuran como tales en las estadísticas, sino como monotributistas. Desde entonces no hubo grandes cambios, aunque por lo menos, la tasa de crecimiento se redujo considerablemente.

El porcentaje del empleo público se disparó después de la crisis de 2002. Entre 1960 y 2001 se había mantenido fluctuando entre el 12 y el 14% de la fuerza de trabajo, para luego aumentar nada

menos que un 50% entre 2002 y 2015. Todavía en 2010 era el 15,4, pero luego como reflejo del estancamiento económico que siguió, trepó al ya mencionado 19% en 2015.

Las dos terceras partes de los empleados públicos (2.400 000) están en las administraciones provinciales, ya que estas tienen a su cargo la educación y la salud públicas, la seguridad y la justicia. Los municipios ocupan unos 450.000 (13%) y el estado nacional los restantes 750.000 (21%). El mayor crecimiento se produjo en el ámbito provincial y municipal con un aumento de nada menos que 65% en solo 14 años (2001/2015), esto es un 42% más que el crecimiento de la población. A su vez, el monto de los sueldos de ese personal pasó del 4,3% del PBI nacional al 9,3%, más que duplicándose en ese periodo. Sin embargo, no hubo mejoras acordadas con estos aumentos, ni en la educación o la salud públicas, ni mucho menos en la seguridad. Esto desnuda la naturaleza improductiva de buena parte del empleo público provincial y municipal, el que en realidad es un sucedáneo del empleo productivo que no alcanza a generar la actividad privada.

Comparación con otros países

A primera vista, cuando se lo compara con el de otros países, el empleo público argentino no parece desmesurado. En el promedio de los países de la OECD es del 17% con gran variabilidad entre naciones. Por ejemplo, Noruega y Suecia encabezan la lista con 29 y 28% respectivamente, seguidas de Francia (22%) y Finlandia (21%), mientras que en el otro extremo están Japón y Corea del Sur con tan solo el 5% (OECD 2017) y el promedio de América Latina es del 12% (Fuente: BID). En cada caso depende de las funciones que tiene el Estado y de la estructura y tipo de actividad económica de cada país.

Lo que sí ha sucedido en todo el mundo es que en el transcurso de un siglo y medio los estados han crecido incorporando nuevas funciones a medida que la sociedad se ha ido complejizando y requiriendo de nuevas regulaciones y organismos de promoción y control y se han ampliado los servicios sociales a la población. Todo ello derivó lógicamente en un consiguiente aumento del personal estatal.

En el caso argentino ocurrió algo de todo eso, pero casi siempre primó el crecimiento improductivo sin mejoras en la calidad de los servicios estatales, los que no se comparan con los de la gran mayoría de los países de la OECD. Es más, las esporádicas medidas restrictivas al aumento del empleo público han sido un freno para la modernización e incorporación de nuevas y necesarias funciones del Estado, mientras que por otra parte no fueron suficientes para reducir la abultada nómina de los numerosos ñoquis.

El empleo público y la política

La presión por el empleo estatal en todos los niveles se canaliza en gran parte a través de las estructuras políticas. Empecemos entonces por los cargos inocultablemente políticos, los que aunque

no son muy onerosos en términos comparativos con el conjunto de la masa salarial que soporta el sector público, son una señal de la tolerada desaprensión con que se saquea el erario público. Este gasto creció ostensiblemente con sueldos generosos para una extendida militancia que cuando no ocupa cargos electivos desde concejales hacia arriba, encuentra buenas recompensas en puestos ejecutivos o como asesores. De los tradicionales 8 ministerios que tuvimos hasta 1999, hemos pasado a 23 en 2017 con la secuela de un proporcional crecimiento en secretarías y subsecretarías de Estado y consecuentemente de cargos políticos, de asesores y más empleados. Así, en 2017 la administración nacional tenía 87 secretarías, 207 subsecretarías de Estado y 687 direcciones nacionales. A pesar de las declamaciones y medidas concretas de reducción del gasto público en que está embarcado el actual gobierno, hay numerosas denuncias no desmentidas que los funcionarios políticos aumentaron un 20% en estos últimos dos años.

En la Capital Federal, donde había un Concejo Deliberante transformado ahora en Legislatura, se multiplicaron los cargos electivos con la creación de 15 comunas con sus respectivos concejos vecinales, asesores, nuevos empleados, etc. Si esto ocurrió en la vidriera nacional que es la Capital Federal, cabe preguntarse sobre lo que debe haber sucedido con los presupuestos legislativos y comunales del resto del país. Lo que queda claro es que no se ha visto demasiada preocupación por estas señales de dispendio, ni en la opinión pública ni en el periodismo; seguramente no han parecido tan importantes que no las pudiera absorber la *legendaria riqueza* que pretendidamente puede soportar cualquier saqueo y de la que hablamos desde los primeros capítulos.

Por último lo que es más costoso, la política es el medio a través del cual se aumenta el empleo público improductivo, sea directamente por el acomodo partidario o en forma general y menos dirigida individualmente, pero siempre orientada por la especulación de índole electoral.

La Política

En todo tiempo y lugar la gestión del Estado ha sido el instrumento con el cual, abierta o encubiertamente, se favorecen intereses sectoriales. En consecuencia la lucha política por el control del Estado, es decir por el acceso a su gobierno, es parte de la dinámica de esos intereses.

En nuestro caso, ya desde la Colonia y por distintas circunstancias, el Estado fue el gran dispensador de beneficios personales, a veces rayanos en verdaderas fortunas. Luego al conformarse su estructura moderna durante la República Liberal, el Estado, pletórico de recursos propios o prestados, era donde se podían hallar beneficios y oportunidades de todo tipo que no se encontraban fácilmente en la débil actividad privada. Esto generó una tradición cultural que no se erradicó con la llegada al gobierno

de los masivos partidos populares, radicales o peronistas²; solo se adaptó a las nuevas circunstancias.

Los gobiernos de turno ya no podían seguir distribuyendo fértiles tierras públicas como en el siglo XIX, entre otras cosas porque no había muchas más para repartir. Pero si siguieron usando el Estado como árbitro en las pujas sectoriales con los beneficios legítimos o no que eso suponía. En eso no se apartaron demasiado de lo que es usual en todo el mundo. En lo que si se apartaron fuertemente, fue en premiar a sus numerosos partidarios con humildes empleos y con no tan humildes cargos políticos. Cargos que en las últimas décadas fueron crecientemente mejor remunerados y no exentos de privilegios y oportunidades para hacer negocios de dudosa naturaleza.

Entre la mezcla de convicciones, bien intencionado patriotismo y frío pragmatismo de quienes llegan al gobierno se filtran también acciones y actitudes saqueadoras que cuentan con la resignada tolerancia social, acostumbrada y despreocupada al respecto por las razones que ya hemos expuesto en capítulos previos. Por eso, en la cuenta del gasto que origina la política³ debe agregarse la corrupción y los desmanejos institucionales que se hacen para ocultarla. Desmanejos cuyos daños mediatos en la confianza pública pueden ser mayores que las mismas fabulosas sumas que han trascendido sobre el enriquecimiento ilícito en los más altos niveles del poder. Se le suma además, el derroche que significa la realización de obras y compras innecesarias o poco redituables, pero que vienen promovidas por jugosos sobornos, mientras se desatienden y postergan iniciativas necesarias, solo porque no hay comisiones a la vista.

Además, hay que agregar al costo de la política la ineficiencia general que surge del nombramiento de personas no idóneas en todos los niveles de la administración, incluso en los de las más altas responsabilidades.

Con un horizonte laboral en el sector privado casi siempre reducido, el acceso a los beneficios del Estado resulta demasiado atractivo como para que la militancia adicta de turno lo desprecie por simples cuestiones de discrepancias políticas. Esta circunstancia hizo de los grandes partidos populares, partidos del poder cueste lo que cueste. Así, ha sido frecuente que mientras las dirigencias políticas hacían giros copernicanos respecto de sus promesas para intentar mantenerse en el poder acomodándose a las circunstancias, eso transcurría sin fuertes cuestionamientos por parte de la militancia adicta. Militancia que mayormente aceptaba estas volteretas con implacable disciplina partidaria con tal de no quedar afuera del mucho o poca reparto que le hubiese tocado.

² Estos partidos cuentan con millones de afiliados

³ Entiéndase aquí por política al ejercicio y lucha por el poder. Los periodos de gobierno militar tampoco estuvieron exentos de corrupción y de los otros lastres que vuelven ineficiente al Estado.

Desde siempre, el partido Radical, al igual que el Peronista, albergó en su seno expresiones ideológicas muy distantes. Eso facilitó sus giros hacia uno y otro extremo al contar con cuadros dirigentes para cada caso, los que con sus reconocidas posiciones políticas y contactos con distintos factores de poder adquirirían mayor o menor protagonismo según las circunstancias. Pero esos cambios de rumbo fueron posibles sin mayores costos políticos por la ya mencionada comprensión interesada de la militancia partidaria. Da que pensar si, estas dos características, diversidad ideológica y militancia comprensiva, serían en definitiva la causa de la persistente vigencia en el tiempo de estos dos partidos. Otras fuerzas políticas, que en algunas ocasiones surgieron como alternativa, no pudieron sostenerse por mucho tiempo y se evaporaron junto con las expectativas que habían despertado.

Para no dejar estas consideraciones en simples abstracciones, no está mal un poco de historia. Del peronismo no se necesita insistir demasiado; están muy frescos los bandazos hacia el mercado de Menem y hacia el estatismo de los Kirchner, para no mencionar a los del propio Perón a izquierda y derecha, sobretodo en la etapa de su regreso. Pero vale recordar en cada caso el generalizado acompañamiento de la gran mayoría de sus dirigentes y militantes, exculpados por la verticalidad partidaria, por lo menos hasta que fueron poder.

Menos conocida para el lector contemporáneo puede ser la historia radical. Ya en vida de Yrigoyen, dentro de las filas radicales había una fuerte corriente opositora que se dio en llamar anti personalista. Este sector, afín a los conservadores, se fue acercando al poder que estos detentaron durante la década del 30 y en 1938 se alió con ellos para llevar a uno de sus filas, el doctor Ortiz, a la presidencia. En este caso, no existió el consenso de toda la militancia y los otros sectores radicales repudiaron los acuerdos dando lugar a la corriente Intransigente.

Uno de los líderes más destacados de la Intransigencia, fue el Dr. Frondizi; quien llegó a la presidencia en 1958 con el apoyo electoral del peronismo que se encontraba proscrito. Esa alianza dividió al partido Radical y la fracción que siguió a Frondizi pasó a llamarse Radical Intransigente. Su caso es paradigmático de las mentidas expectativas preelectorales, que desde entonces son mas la regla que la excepción. Frondizi había publicado en 1954, no mucho antes de su candidatura, un libro que tuvo mucha repercusión por su contenido y por su autor, "Política y Petróleo". En el denunciaba a los intereses de la industria del petróleo y describía sus maniobras e injerencias en la política, incluyendo conspiraciones y derrocamientos de gobiernos indóciles. Nadie podía esperar que una vez presidente, Frondizi fuera tan poco *intransigente* como para propiciar la privatización de la extracción del petróleo mediante contratos con precisamente algunas de las compañías que había denostado en su libro. El partido Radical Intransigente no se conmovió por eso y con ninguna intransigencia siguió firme junto al presidente. A favor de esa actitud, llamemos demasiado

comprensiva, estaba la necesidad de no abrir un frente interno en medio de un permanente acoso por parte de los militares ultra antiperonistas que finalmente derrocaron a Frondizi en 1962.

El fin de la historia de los giros radicales, al menos hasta hoy, es su encuadramiento en el gobierno de Macri, al que Asís llama burlescamente *el tercer gobierno radical*, seguramente refiriéndolo como el tercero del periodo democrático iniciado en 1983. Contra la tradición radical de por lo menos los últimos 80 años, y con solo algunas pocas disidencias, el partido Radical está aceptando una política económica marcadamente liberal, que para colmo no está siendo exitosa.

La duplicidad de la política, esto es la facilidad con que se adoptan posiciones contradictorias u opuestas a las promesas electorales, la falta de coraje y tibieza de algunos dirigentes para exponer y defender sus verdaderas opiniones, pero sobretudo la falta de resultados plausibles han llevado al descrédito de la dirigencia en varias ocasiones y abierto la alternativa de la intervención militar. Hoy la situación es distinta; si bien la política no se encuentra muy prestigiada, la opción militar lo está mucho menos.

El desprestigio de la clase política alcanzó un máximo con el estallido socioeconómico del año 2001 en el que circuló con enorme aceptación la consigna *que se vayan todos*; no se fueron, pero quedaron huellas importantes. De ahí en adelante, retomando las suspicacias que se habían forjado en el pasado respecto del poder impersonal, el apoyo electoral solo se pudo concitar a través de unas pocas figuras individuales.

Movilidad social ascendente y resentimiento

La movilidad social ascendente fue el rasgo más distintivo de la sociedad argentina durante el siglo XX. Fue el resultado de no tanto el crecimiento económico, como de las oportunidades que ofrecía un país donde había muchas cosas por hacer. Empresarios exitosos surgidos de las filas trabajadoras y profesionales, hijos de hogares humildes, engrosaron la clase media; clase que por otra parte fue por muchos años la más numerosa de América Latina. Fue la época *de mi hijo el doctor*, prodigio social de un sistema educativo estatal gratuito en todos sus niveles. El ascenso social de parte de los sectores más humildes fue también posible porque estos a partir de la influencia de la inmigración habían pasado a tener una estructura familiar estable. Como resultado, durante la década del 70 solo entre el 5 y 10% de la población se encontraba por debajo de la línea de pobreza⁴. Este número se incrementó considerablemente desde entonces, a la vez que el ascenso social se hizo más difícil, lo que no por eso dejó de ser una aspiración de los muchos argentinos y de los nuevos inmigrantes que hoy viven en condiciones socioeconómicas precarias.

⁴ La evolución de la pobreza en la Argentina y sus causas se discuten en el próximo capítulo.

La movilidad social tuvo mucho que ver con las migraciones; fue por una parte uno de sus incentivos y por otra una resultante de las mismas al incorporar familias e individuos audaces y emprendedores a la sociedad local. Aunque la inmigración europea disminuyó respecto de la que tuvo lugar durante la República Liberal, recibió un nuevo impulso en la posguerra durante la década del 40 y la primera mitad de la del 50. Pero desde los años 30s, la migración interna desde áreas y pueblos rurales hacia las grandes ciudades fue la de mayor trascendencia por sus consecuencias sociales y políticas. Se aceleró como consecuencia de la industrialización favorecida por la crisis internacional y la segunda guerra mundial.

Los migrantes europeos y sus descendientes y los argentinos provenientes del Interior, si ya no tenían grandes esperanzas de una sustancial mejora socioeconómica, la fueron incorporando a la luz del contexto favorable que ofrecía la expansión de una amplia variedad de oportunidades. No tan auspiciosas fueron las condiciones que encontró la siguiente ola migratoria, la de los últimos 50 años que además de argentinos del interior sumó migrantes sudamericanos, especialmente de Paraguay, Perú y Bolivia. De esta última migración, aunque hubo quienes prosperaron económica y socialmente, la mayoría no logró salir de la pobreza con la que había llegado,

No debe creerse que la movilidad social ascendente fue totalmente clausurada en los últimos tiempos. El mejor ejemplo de lo contrario es lo que ha estado ocurriendo entre quienes trabajan haciendo changas. No es difícil que quienes son competentes en su oficio encuentren oportunidades para trabajar por su cuenta, dejando atrás empleos generalmente informales, y multiplicando varias veces sus ingresos⁵. Pero ahí no termina la historia, casi siempre y cuando les sobra trabajo, especialmente en el sector de la construcción, pasan a contratar ayudantes de manera informal, asegurándose una sustancial plusvalía. No todos prosperan y se mantienen en el nivel empresario, pero los que lo hacen, a veces siguen progresando emprendiendo otras iniciativas en el comercio, la industria o el transporte. Dentro de este vasto sector social no se percibe un rechazo generalizado a las prácticas y valores del capitalismo y eso vale, tanto para quienes son exitosos como para los que no lo son. Esta actitud se sustenta en la esperanza, basada en la experiencia directa, de que las condiciones socioeconómicas, aun en los tiempos más difíciles, no son una barrera infranqueable para el progreso individual.

Claro que el ascenso social, como no podía ser de otro modo, no fue parejo; algunos apenas alcanzaron modestos progresos, mientras otros, más decididos, con mejor suerte o más capaces, mejoraron

⁵ Esto es más frecuente en las zonas marginales donde queda mucho por hacer. Es menos frecuente en las zonas altamente desarrolladas y consolidadas como los barrios tradicionales de la Capital Federal. Es consistente con lo que se dijo sobre la movilidad social, que no se favorece tanto con el crecimiento económico como por las oportunidades que ofrece el desarrollo de nuevos espacios.

sustancialmente e incluso en algunos pocos casos hicieron fortunas o lograron posiciones relevantes en el mundo político, profesional o cultural. Pero también hubo sectores de clase media que se empobrecieron. Este destino desigual se vio acompañado por una fuerte componente azarosa debida a los frecuentes cambios de las reglas de juego no solo en materia cambiaria o financiera a las que estamos acostumbrados, sino más que nada en la diferente demanda de distintos oficios y profesiones que en definitiva son más relevantes para el destino personal. Estos cambios, generalmente difíciles de anticipar, seguramente no contribuyeron a la sensación de seguridad emocional de la población en general, pero mucho menos a la de los migrantes que debían enfrentar además la incertidumbre de cómo comportarse en un medio a menudo caótico y distinto al de sus lugares de origen.

El coctel de inseguridad económica y emocional y la comparación con vecinos u otros iguales exitosos, producto de la movilidad social, fue un terreno fértil para que prosperaran frustraciones y resentimientos. Como muestra Tetaz (2016), en general lo que hace feliz a una persona no es lo que tiene o vive en términos absolutos, sino relativos a como se compara con quienes cree que debe compararse.

A nivel colectivo, los resentimientos personales se amalgamaron con la ya legendaria hostilidad hacia el poder y hacia los ricos que se había desarrollado en los siglos anteriores dando lugar a un muy extendido resentimiento social.

La poesía popular abundó en temas que destilan resentimiento frente al progreso de los otros: *tu cuna fue un conventillo* dice un tango en tono acusatorio, como si el origen humilde fuera una mancha y no un mérito de quien supo progresar. Casi siempre estas mini novelas cantadas afirman o dejan entrever que el ascenso social se debió al abandono de principios y sanas costumbres como justificativo del resentimiento que las inflama. Seguramente, en la vida real hay casos de ese tipo, pero el resentimiento, en general y en esas letras reveladoras, no se dirige contra la conducta sino contra el éxito. Esto se daba particularmente en los tangos que se quejan de la mujer exitosa. Un ejemplo, y no cualquiera, es el icónico tango *Mano a Mano* de Celedonio Flores que ha gozado de popularidad desde hace casi un siglo: *cuando vos pobre percanta gambeteabas la miseria..... hoy sos toda una bacana.*

En otros casos, el resentimiento se vuelve contra el rico como en *Muchacho*, también de Celedonio Flores: *que para farras y placeres disponés de un capital.....todo lo has conseguido pagado como un chabón.* Aquí reaparece la auto vindicación de los valores de la persona por encima de los de la posición social, cosa que comentamos en el capítulo precedente. Cuando esto lo ponemos en el contexto del resentimiento social es en realidad como en la fabula del zorro y las uvas, que no es que estuvieran en verdad inalcanzables, sino que parecían verdes para el consuelo del contrariado canino.

Puesto que el resentimiento es en definitiva una confesión de insatisfacción, se le suele responder consciente o inconscientemente con la exageración de la posesión de virtudes que generen autoestima, es decir con cierto narcisismo y hasta a veces con exhibicionismo. Otra respuesta es la de conductas egoístas y antisociales para ponerse por encima de los demás a toda costa. Precisamente, una encuesta reciente indica que estas conductas, narcisistas, exhibicionistas y prepotentes son de lo más frecuentes entre los argentinos (Guevara 2017).

Se le atribuye al peronismo, no sin alguna razón, haber exacerbado el resentimiento social, sobre todo en sus primeros tiempos. En esto, como en tantas otras cosas, los caminos siempre tienen dos rumbos posibles. El resentimiento social estaba ya entre los *descamisados* y azuzarlo era una forma más de fortalecer su adhesión; pero al hacerlo también se lo profundizaba. En su primera época, Perón había basado su poder en dos sostenes principales, la clase trabajadora y la fracción del ejército imbuida de ideas nacionalistas, a los que sumaba cierta amigable aprobación de la Iglesia. Su discurso debía en consecuencia mantener cierto equilibrio, el que por otra parte no le era extraño pues era su propio pensamiento estratégico como surge de sus escritos. Pero cuando en los actos públicos se dirigía a sus adictos y se mostraba moderado no lograba conexión con su audiencia y se veía impulsado imprudentemente a atizar el resentimiento social consiguiendo entonces sí, una estruendosa comunión con sus seguidores (Halperin Donghi 2000). En cuanto a Evita, quienes entonces la odiaban, lo hacían en primer lugar por el resentimiento social que le achacaban y que afloraba en sus discursos.

Pero el resentimiento no tiene banderías políticas exclusivas ni sociales; abunda en las capas medias de la sociedad como en las más humildes y va dirigido según el caso, tanto hacia arriba como hacía abajo. De otro modo no se explica el odio que se convirtió en violencia extrema durante la segunda mitad del siglo XX y el que hoy se manifiesta en las redes sociales. .

La izquierda

Una curiosidad de la política argentina es que en ningún momento de los 100 años que lleva la República de Masas, la izquierda pudo prosperar a nivel electoral como alternativa de poder. Ello, a pesar de que en esos años el comunismo y el socialismo tuvieron largos periodos de gran respaldo popular en los países europeos de los que habían llegado la mayoría de nuestros inmigrantes⁶; una prueba más de la asimilación cultural de la inmigración a la que nos hemos referido en el capítulo precedente.

El resentimiento pudo haber sido un caldo de cultivo favorable para que prosperaran ideologías extremas, de izquierda o de

⁶ En algunas oportunidades, el Partido Socialista ganó elecciones en la Capital Federal donde la influencia inmigratoria fue siempre mayor.

derecha, ya que a estas suelen adherir, además de los que lo hacen por otros motivos, quienes desean la destrucción violenta del presente. Pero la cuna del resentimiento fue, como vimos, la movilidad social y esta prevaleció al mantener la esperanza popular por un futuro mejor dentro del orden económico y político vigente.

Otra causa, sino la principal, de la escasa inserción social de la izquierda, se la puede reconocer en las motivaciones de sus militantes. Su adhesión se funda en razones puramente éticas y no es fruto de una expectativa de progreso personal. Es decir, se adhiere al ideario de izquierda, no porque se crea que se vaya a estar personalmente mejor en un futuro socialista, sino porque se cree que ese futuro será más justo. En los casos más extremos, que explican la ceguera sobre las fallidas experiencias de otros países, se prefiere esa presunta sociedad justa, aun cuando todo el mundo este peor en términos de libertad, de salud y de otros derechos elementales.

Estas motivaciones éticas pueden ser una razón suficiente para la gente del mundo cultural y de otros sectores de clase media a los que no los motiva demasiado el interés por mejorar su situación socioeconómica. Pero no son atractivas para la mayoría ni de la clase media ni de los más pobres a quienes la movilidad social dentro del sistema que vivimos les ofrece una perspectiva más concreta y acorde con sus intereses⁷.

Pero además, la naturaleza ética del discurso de la izquierda la lleva a alejarse de las masas trabajadoras. Ya vimos que el pueblo argentino es bastante escéptico y por eso ya desde fines del siglo XIX no mostró entusiasmo por las propuestas políticas idealistas. Para colmo, la militancia fundada en la ética casi siempre se reviste de un aura de superioridad moral que provoca necesariamente rechazo. Rechazo que se hace más radical y visceral cuando esa misma pretensión de superioridad moral la conduce por los caminos de la arrogancia y la prepotencia. Si de algo son celosos los argentinos, como vimos desde el capítulo 2, es de su libertad personal. Por lo tanto las actitudes de la militancia de izquierda, que suelen lesionar la libertad del resto de la población en general o de un sector o gremio en particular, solo logran exacerbar la desconfianza sobre el futuro que propician.

La arrogancia dictada por la presunta superioridad moral alcanzó su máxima expresión con la guerrilla de los años 70. Guerrilla, que digamos de paso, se nutrió tanto de jóvenes de familias con tradición marxista como de otras de acendrada formación católica⁸.

⁷Habría que preguntarse si estas mismas circunstancias no fueron la razón por la que la izquierda, incluso el socialismo más moderado, no pudo hacer pie en los Estados Unidos.

⁸ La ideología de izquierda se entronca en los valores judeocristianos de la cultura occidental, que al fin de cuentas han tenido importante influencia en la conformación de nuestra idiosincrasia. Fulton Sheen (1961), en su tiempo arzobispo católico de Nueva York, decía que el comunismo es una doctrina parásita del cristianismo del que toma la fuerza emocional de sus valores ya establecidos en la sociedad cristiana occidental, básicamente la igualdad y la solidaridad. Cabe preguntarse por qué, si las raíces del pensamiento de izquierda

No solo su accionar reflejaba su pensamiento excluyente que se arrogaba el derecho de moldear la sociedad a su gusto, sino que en el lenguaje cotidiano de sus militantes aparecía constantemente la exagerada autovaloración de sí mismos y el desprecio por el resto de los mortales.

Si las explicaciones sobre el fracaso político de la izquierda dadas hasta aquí son o no válidas, lo cierto es que esta se mantuvo confinada por muchos años a sectores de clase media. Como señala Rapoport (2017), estos sectores, incluso empresarios que seguramente habían surgido de la movilidad social, tenían una contradicción paralizante entre la ideología que profesaban y sus intereses económicos. Aún reconociendo la complejidad de los factores nacionales e internacionales que estaban en juego en 1945/46, cabe preguntarse si esa no fue una de las causas por la que la izquierda en aquel momento histórico crucial decidió enfrentar al grueso de la clase trabajadora, aliándose en su contra con todos los sectores capitalistas.

Se puede alegar que si bien la izquierda no logró una expresión electoral sustancial, le cupo la representación sindical hasta la llegada del peronismo. Pero lo cierto es que solo en circunstancias muy especiales la organización gremial de aquellos años logró movilizaciones masivas. Hacia 1935, los trabajadores sindicalizados apenas sumaban 235.000, cuando para esa fecha los asalariados industriales ya eran más de 500.000 y los de los sectores rurales otros 800.000 (Rapoport 2017). La organización sindical masiva recién se alcanzó con el favor oficial del primer periodo peronista. En 1945 los sindicatos ya tenían más de 500.000 afiliados y desde entonces empezaron a contarse por millones.

Hagamos pues algo de historia sindical. La preferencia por la defensa de intereses concretos se manifestó bien temprano. Como ya comentamos, el sindicalismo independiente, más orientado hacia las reivindicaciones que a las cuestiones ideológicas, creció durante los gobiernos radicales de la década del 20. Lo hizo a expensas del sindicalismo comunista y sobre todo del anarquista que ya no se recuperó más. Al mismo tiempo, sin muy estrictas ataduras morales, prosperó cierta burocratización y aparecieron los primeros cargos dirigentes rentados. El sindicalismo independiente perdió algún terreno en la segunda mitad de la década del 30 y desde 1943 muchos de sus militantes y dirigentes se reciclaron en el peronismo. Entretanto, la mayor fuerza sindical pasó a ser la socialista, pero sus dirigentes no actuaban en forma muy distinta a la de los independientes. En particular, mantuvieron una relación conflictiva con su dirigencia partidaria a la que no aceptaban subordinarse

son cristianas, entonces no se arraigó en las masas populares argentinas, que en definitiva tienen una cultura fundamentalmente cristiana como si lo hizo, quizás por ese mismo motivo, en gran parte de Europa. La respuesta podría estar como vimos en la gran movilidad social de nuestra sociedad durante el último siglo y medio.

(Rapaport 2017). Al igual que lo hicieron los independientes, varios de sus dirigentes se volcaron luego al sindicalismo peronista.

Hay quienes creen que el peronismo ha sido una barrera para la expansión de las expresiones políticas y sindicales de izquierda. Pero probablemente haya sido al revés. Lo que en definitiva el pueblo ha preferido es solo mejorar socioeconómicamente dentro de un sistema que no le coartara sus libertades personales, entre ellas la de su derecho a la propiedad. Y eso condujo a la aparición del peronismo y también al aggiornamento del radicalismo, que fueron los dos canales con los que en distintos momentos, el pueblo argentino prefirió expresarse electoralmente.

Los militares

De los 103 años del periodo que estamos considerando, los militares como institución gobernaron directamente durante 25 años y en otros nueve, entre 1955 y 1983, fueron un factor de poder de primer orden. En los gobiernos conservadores de la década del 30 y en el primer periodo peronista las fuerzas armadas tuvieron menor influencia a pesar de que estos gobiernos se originaron en sendos golpes de estado.

El debilitamiento del poder político que precedió los golpes de estado fue producto casi siempre de la falta de respuesta de la partidocracia a los problemas del momento y a sus antagonismos, tan agudos y apasionados que llevaron con frecuencia a que algunos sectores alentaran las intervenciones militares. Pero también fue el resultado del desgaste que propiciaban los propios militares usando su considerable poder económico dentro del aparato estatal; poder al que habían accedido en sus periodos anteriores de gobierno o de influencia, y que siguieron detentando durante los interregnos civiles.

Ningún gobierno militar, aun los que sostuvieron las más pronunciadas políticas liberales del último siglo, siquiera se planteó la privatización de las empresas estatales. Lo que es explicable desde su lógica de poder porque en muchas de ellas los militares retirados ocupaban cargos directivos. En algunos casos, como Acíndar o Fabricaciones Militares, las dirigían en forma excluyente. Esto les daba un poder económico que unido a sus bien financiados servicios de inteligencia les permitía montar campañas de desestabilización como la que se hizo para desprestigiar al presidente Illía. En la desactivación del poder militar no fue un hecho menor, aunque hoy poco reconocido, la privatización de las empresas públicas durante la década del 90.

La campaña de descrédito del gobierno civil de turno terminaba con la asunción del poder con proclamas o comunicados grandilocuentes, plenos de lenguaje marcial, ampuloso y rebosante de acusaciones, siempre sobre corrupción y según el caso sobre ineptitud, tiranía o conspiración contra los *sagrados valores cristianos occidentales*. Como del dicho al hecho hay un largo trecho, y como la realidad socioeconómica sobre la que debían

actuar era la misma, nada cambiaba demasiado y en todo caso empeoraba, de modo que al aflorar las discrepancias internas y para no arriesgarse en luchas peligrosas que podían acabar con su poder, los militares se retiraban llamando a elecciones.

Solo en los dos primeros golpes, 1930 y 1943, la salida electoral tuvo la continuidad propiciada por alguna de las facciones militares que habían participado del asalto al poder civil. El golpe del '55, llamado Revolución Libertadora, ya no pudo imponer sus objetivos políticos y fue por eso seguido de nuevos golpes de estado, que en el terreno político tuvieron igual suerte; señal que algo había cambiado en la sociedad argentina.

Salvo en el caso del '43, los gobiernos militares propiciaron en general políticas económicas pro mercado. Pero no por eso en sus años de gobierno hubo superávit fiscal o siquiera se redujo el déficit. Si bien los primeros gobiernos militares no duraron tanto tiempo como para corregir desajustes económicos, no fue ese el caso de las dos últimas dictaduras que se prolongaron por 7 años, cada una con una impresionante y discrecional concentración de poder. Peor aún, la dictadura del '76/83 llevó una deuda pública modesta de 7 mil millones de dólares a nada menos que a una impagable de 42 mil millones de esa misma moneda. Esto revela que en la base de nuestros problemas económicos están algunas creencias y costumbres que con matices comparten todos los sectores, populistas o liberales, políticos o militares. Esto es, que somos un país *excepcionalmente rico* y por lo tanto podemos ser ineficientes y saquearlo sin límites porque nada va a afectarlo demasiado.

Aunque los gobiernos militares no siempre necesitaron comprar votos con empleo público, este fue un recurso no desdeñado en la tarea siempre generosa de ayudar a parientes y allegados y no faltó tampoco en el menú de las opciones en los casos en que trataron de prohijar salidas electorales continuistas. Y en cuanto a la planta superflua de personal estatal, quizás por su desaprensión con respecto al gasto público, nunca juzgaron necesario desafiar la paradigmática estabilidad del empleado público.

Durante todos esos años en que las fuerzas armadas tuvieron un papel preponderante se hizo patente su exagerado espíritu de cuerpo. Ese espíritu fue decisivo para preservar su unidad tironeada por los distintos intereses y miradas de cómo gobernar o actuar frente a situaciones complejas; solo en pocas ocasiones se llegó a enfrentamientos armados. Pero a la vez ese espíritu fue (y es) tan faccioso que iba dirigido en primer lugar y por mucho a la propia fuerza, Ejército, Marina o Aeronáutica, y solo luego con mucho menor intensidad a la otras dos fuerzas armadas y a las de seguridad⁹.

⁹ En 1963 la mini guerra civil entre las facciones azul y colorada de las fuerzas armadas terminó con el triunfo de la primera y el desmantelamiento de parte del poder de la Marina que se había encolumnado en la facción colorada. Yo estudiaba la carrera de Meteorología en la UBA y como éramos muy pocos estudiantes nos reuníamos en grupo para preparar los exámenes. Con nosotros

Tan agudo fue ese sentimiento de pertenencia que durante la última dictadura llevó a excluir del círculo de su empatía a todos los otros sectores sociales o económicos, que por el solo hecho de no ser parte de las fuerzas represivas se tornaban sospechosos, fuesen empresarios, religiosos o peor aun universitarios o sindicalistas. A los militares encerrados en esa lógica, en medio del abierto desafío que les planteaba la guerrilla, la patria se les fue achicando a su propio y estrecho bando con las trágicas consecuencias que conocemos.

Sociedad desintegrada

El extremo al que se llegó con el espíritu de cuerpo de las fuerzas armadas lo hizo muy visible. Pero esa misma lógica está instalada en otros sectores. No nos reconocemos como una sociedad donde cada parte es necesaria para el funcionamiento del conjunto y por lo tanto merece respeto.

Luego del corto romance antiperonista entre las fuerzas armadas y la Cultura que siguió a la Revolución Libertadora, un amplio sector académico ya era francamente hostil a todo lo militar o policial. Una recíproca y similar hostilidad era frecuente contra la Universidad pública y la Cultura desde las fuerzas armadas y de seguridad. Esto tenía lugar aún antes de las últimas dictaduras y desde entonces el número de quienes tienen estas posturas no ha dejado de crecer.

Las prevenciones se extienden entre diversos sectores profesionales; cada uno sobrestima su importancia y ve a los otros como rivales. En esto se conjugan además de factores culturales, legítimos o desaprensivos intereses económicos sectoriales. El trasfondo parece ser la idea subyacente de que los recursos son un botín cuyo reparto se debe disputar antes que nada.

Pareciera que la portación de empleo es razón suficiente para concitar recelo y hostilidad. Tan desintegrados nos encontramos, que a pesar de los 200 años como nación independiente y 35 años de democracia, solo nos reconocemos como parte de algo común cada cuatro años en los mundiales de fútbol. Es algo, al menos todavía conservamos el instinto de ser una nación.

La piedra en el zapato americano

Durante la República Liberal la clase dirigente había establecido una sólida alianza con Inglaterra, fuertemente basada en los mutuos intereses económicos, especialmente comerciales. Cuando a principios del siglo XX, los Estados Unidos empezaron a

había un oficial de la Marina de guerra, becado por esa fuerza. Durante el enfrentamiento entre azules y colorados, al ver que la balanza se inclinaba hacia los azules y contra la Marina estaba consternado y se había ido a ofrecer para participar de la lucha sin que lo aceptaran. Yo me preguntaba si no debíamos estar consternados, pero no por el destino de ninguno de los dos bandos, sino por el peligro de una guerra civil y el destino de la Nación.

proyectarse como potencia mundial la diplomacia inglesa no vio con buenos ojos que la influencia americana se extendiera hacia América del Sur donde Gran Bretaña tenía importantes intereses. En ese juego, la dirigencia argentina, consecuente con su alianza estratégica e impulsada por una visión, tal vez exagerada, del papel argentino en la región y en el mundo, se opuso consistentemente a las intenciones americanas de forjar instrumentos diplomáticos funcionales a su pretendida hegemonía continental.

Como destacamos en el capítulo 3, los argentinos creemos infundadamente que a nuestro país le está reservado un *destino manifiesto* como gran nación. Durante la primera mitad del siglo XX, esa idea estaba muy arraigada en las clases dirigentes, como se desprende de las posiciones adoptadas en las relaciones exteriores. En esos años, la élite dirigente argentina, imbuida de esa visión, no calibró adecuadamente la verdadera dimensión política y económica del país dentro de la región y del mundo, en particular en su relación con los Estados Unidos.

Esta visión, hoy sabemos que equivocada, se fortaleció con algunos éxitos diplomáticos logrados a expensas de las intenciones americanas, como en el caso de la paz lograda por la mediación en la guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia en 1935; mediación a la que aspiraba Estados Unidos para dejar sentada su posición de árbitro regional. Por ese logro, se le otorgó el premio Nobel de la Paz al canciller argentino Saavedra Lamas. Estos hechos, según el historiador Mario Rapoport (2017) elevaron la autoestima de la clase dirigente, pero a la vez, fueron abonando el terreno para los nuevos y mayores desencuentros con los Estados Unidos.

Al comenzar la primera guerra mundial, el presidente conservador, Victorino de la Plaza, se pronunció reiteradamente por la neutralidad. Estatus mantenido luego por Hipólito Yrigoyen, quien sostenía que la neutralidad era la condición natural del país y que la guerra solo se justificaba en caso de peligrar la soberanía nacional. No se apartó de esa postura ni aun cuando la mayoría de los intelectuales, la prensa y la clase política reclamara la ruptura con las potencias centrales y el alineamiento con los aliados. Incluso ignoró el pronunciamiento del Parlamento en ese sentido.

Yrigoyen tampoco se avino al pedido de Estados Unidos para que Argentina abandonara la neutralidad. La respuesta fue amable, reconociendo el valor moral del presidente americano, pero negándose a su requerimiento. Y fue más lejos en diferenciarse de Estados Unidos, cuando poco después trató de organizar una conferencia de países americanos neutrales. Más aún, mantuvo la neutralidad a pesar del hundimiento de dos barcos mercantes argentinos por submarinos alemanes, dándose por satisfecho con las disculpas del caso. En estas actitudes se reflejaban los intereses económicos argentinos, deseosos de preservar sus exportaciones a Gran Bretaña. Esta, a diferencia de los Estados Unidos, veía con buenos ojos la neutralidad argentina que le permitía recibir abastecimientos a salvo del peligro de la guerra submarina alemana.

Una vez terminada la guerra, se organizó la Liga de las Naciones y Argentina fue invitada a participar. En esa oportunidad afloró otra vez la sobrevaloración de la propia importancia; el canciller Honorio Pueyrredón propuso sin éxito la igualdad entre todas las naciones. Como esto suponía modificar las pautas hasta ahí establecidas y como no les convenía a las grandes potencias, el tratamiento de la propuesta se postergó indefinidamente. Debido a eso la Argentina se retiró de la Asamblea de la Liga de las Naciones hasta 1930, cuando el golpe militar desplazó al radicalismo del gobierno nacional.

En los años que siguieron a la primera guerra mundial, Estados Unidos trató de institucionalizar un sistema americano bajo pautas que consagraran su hegemonía. En las sucesivas reuniones de la Conferencia Internacional de Estados Americanos en las que se trataba ese tema, la piedra en el zapato americano fue siempre la Argentina que impedía el unánime consenso buscado por Washington.

Los disensos entre Argentina y Estados Unidos se profundizaron poco antes de la segunda guerra mundial cuando la diplomacia americana trató de impulsar medidas colectivas para contrarrestar las actividades alemanas en la región; crecieron aun más con el estallido de la guerra cuando el presidente Ortiz continuando la tradición argentina no tardó en declarar la neutralidad. Las tensiones entre ambos países se agudizaron cuando Estados Unidos se involucró directamente en la guerra después de la agresión japonesa en Pearl Harbor. La renuncia por enfermedad de Ortiz que murió poco después y su reemplazo por el vicepresidente Castillo, determinado a mantener la neutralidad y sospechado de simpatizar con el Eje agravó las cosas, al punto que el Secretario de Estado americano calificó a la Argentina como "*mal vecino*".

La actitud argentina era otra vez vista en forma diferente por Gran Bretaña que recibía los suministros de alimentos desde Argentina sin riesgos y con el doble beneficio de no pagarlos por carecer de recursos y solo acreditarlos nominalmente en el Banco de Inglaterra. Por otra parte el comercio argentino con Alemania prácticamente desapareció durante la guerra. Ambos hechos objetivos ponen en duda la pretendida actitud pro nazi de la Argentina durante esa guerra, muy agitada por Washington.

El golpe militar de junio de 1943 que desplazó a Castillo trató de mantener la neutralidad, pero el destino de la guerra ya estaba jugado y el poderío de Estados Unidos ya no se podía desafiar sin consecuencias; a los ocho meses del golpe, el gobierno militar rompió relaciones con los países del Eje. Pero esto no ocurrió sin turbulencias internas y el presidente Ramírez fue reemplazado por Farrell, a quien tocó manejar junto con su vicepresidente el coronel Perón una decidida ofensiva americana. La caída de Ramírez aumentó las sospechas ya existentes sobre la simpatía pro nazi del gobierno militar y fue el argumento que utilizó Washington para retirar a su embajador de Buenos Aires y aplicar sanciones económicas, prohibiendo la exportación a la Argentina de insumos

estratégicos como automotores, equipamiento petrolero y ferroviario y armamentos (Rapoport 2017). El aislamiento diplomático argentino impulsado por el Departamento de Estado impidió la participación argentina en la Conferencia Interamericana de Chapultepec que finalmente sentó las bases del sistema interamericano. Luego hubo idas y vueltas en las relaciones entre ambos países, mas dictadas por los cambios en el Departamento de Estado que en la actitud argentina que buscaba clausurar el conflicto heredado de los gobiernos conservadores.

Un episodio de esa época, tuvo repercusiones importantes en la conformación de una opinión pública argentina no precisamente favorable a Estados Unidos que se continúa hasta el presente. El embajador americano Spruille Braden se involucró directamente en la campaña electoral contra Perón en 1945 y 1946, incluso con una actitud totalmente atípica para un diplomático, participando de actos y manifestaciones de la Unión Democrática. Perón no desaprovecho la oportunidad de volcar el sentimiento patriótico y nacionalista en su favor, lanzando la consigna *Braden o Perón*.

Hasta ese momento el sentimiento hostil hacia los Estados Unidos había estado limitado a los sectores de izquierda y nacionalistas que compartían la visión antiimperialista. A su vez los conservadores, sin llegar a ser decididamente hostiles, eran en gran medida reticentes al abrazo con el gran Oso del Norte. Pero desde el episodio *Braden o Perón*, el sentimiento anti norteamericano se hizo masivo al extenderse a gran parte de las capas medias y de los sectores más humildes y pasó a ser un dato de la realidad política imposible de desconocer. Algunas encuestas indican que Argentina es el país de América Latina donde Estados Unidos es, con o sin razón, menos popular. Hoy es posible que esa visión desfavorable alcance solo a la mitad de la población variando con las circunstancias como por ejemplo la presión del gobierno de Carter contra la junta militar por los desaparecidos o la guerra de Malvinas. Es también un sentimiento que por no ser algo central para la vida personal tiene ribetes de ambigüedad. Así por ejemplo, muchos estudiantes universitarios *antiimperialistas* eligen seguir sus carreras científicas o académicas en los Estados Unidos y a un amplio sector de la clase media, antiimperialista o no, le encanta viajar a Miami o Nueva York.

La guerra fría ofreció la oportunidad a la política exterior argentina de mantener cierta independencia respecto de Washington. En el primer periodo peronista se lanzó la doctrina de la Tercera Posición, hoy prácticamente olvidada, la que en general, más allá de lo puramente discursivo, no generó grandes roces con Estados Unidos y hacia el final del régimen peronista se estaban negociando inversiones americanas, en particular en la extracción del petróleo.

La animadversión de ciertos sectores hacia Estados Unidos siguió presente, aún durante los años en que las relaciones gubernamentales pasaban por su mejor momento. Es muy conocido el alineamiento casi automático con los Estados Unidos por parte

del gobierno de Menem. Sin embargo, excepto en los grandes temas del más alto interés de ambos gobiernos, la mayoría de las votaciones argentinas (alrededor del 90%) en los organismos de Naciones Unidas fueron distintas a las del gobierno americano y en general alineadas con los países del Tercer Mundo. En eso pudo influir la advocación por un genuino interés nacional por parte de técnicos y diplomáticos, pero no puede excluirse la influencia de una larga tradición de escasa simpatía hacia los Estados Unidos¹⁰.

Referencias

¹⁰ Una experiencia personal directa. En las negociaciones que llevaron al Protocolo de Kioto, el presidente Clinton le pidió al presidente Menem que Argentina asumiera compromisos voluntarios de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero. Los compromisos voluntarios son los que en definitiva se adoptaron luego en el Acuerdo de París en 2015 por parte de todos los países, pero eran muy resistidos en aquel momento. El gobierno argentino decidió que iba a presentar un compromiso de esa naturaleza y me contrató para dirigir el estudio técnico que permitiera estimar esas metas voluntarias. Este estudio contó con el decidido apoyo de Estados Unidos que envió una numerosa delegación de prestigiosos economistas y técnicos a una reunión conjunta con los sectores gubernamentales y privados. Para sorpresa de todos, el delegado del Ministerio de Relaciones Exteriores, desconociendo olímpicamente la posición del gobierno, hizo un alegato contrario a la decisión tomada y hostil a la política internacional americana. Fue tan agresivo que la embajada americana presentó una queja formal al gobierno argentino. La actitud del mencionado diplomático, de conocida extracción nacionalista, no alcanzó para frenar el Proyecto y Argentina presentó sus metas voluntarias en la siguiente Conferencia de las Partes de la Convención del Clima. Lo asombroso fue que para la misma fecha, el joven diplomático del altercado fue..... ¡ascendido al rango de ministro en el escalafón diplomático!

Banco de Desarrollo para América Latina (BID).
<http://scioteca.caf.com/handle/123456789/711>

Bilsky, Edgardo 1984: *La Semana Trágica. Biblioteca Política. Centro Editor de América Latina*, Buenos Aires, 161 págs.

Giarizzo, Victoria 2018; La enfermedad económica de la Argentina: 107 años de déficit fiscal. www.clarin.com/economia/enfermedad-economica-argentina-107-anos-deficit

Guevara, Claudia 2017: La personalidad de los argentinos: entre el narcisismo, el histrionismo, la obsesión y la paranoia. *Universidad del Siglo XXI*.

Halperin Donghi, Tulio 2000: *La democracia de masas. Editorial Paidós*. Buenos Aires, Barcelona México, 175 págs.

Historia de la Argentina 1992, Periodo 1943-1949. Director de la obra Félix Luna. Secretaria de redacción María Sáenz Quesada y numerosos autores. *Hyspanomérica Ediciones de Argentina S.A.* Buenos Aires.

Rapoport, Mario 2017: *Historia económica, política y social de la Argentina 1880-2000. Ediciones Emecé*. Buenos Aires, 975 págs.

OECD 2017: *Governments at glance 2017*, Chapter 3, last updated 26 June 2017.

Sheen, Fulton J. 1961: *El comunismo y la conciencia occidental. Espasa Calpe Argentina*. Buenos Aires, 206 págs.

Tetaz, Martín 2016: *Lo que el dinero no puede pagar. Mitos y verdades de la economía de la felicidad. Editorial Planeta*. Buenos Aires, 273 págs.

Urien, Paula 2017: *Empleo público: estabilidad por un lado, precarización por el otro. La Nación/Economía*. 12 de noviembre de 2017.

